

¿CÓMO HAS DE HONRAR A TUS PADRES Y CÓMO DEBEN AMARTE?

Mediante el amor, el respeto, la obediencia y la ayuda en sus necesidades, tú cumples el cuarto mandamiento de la Ley de Dios.

Esto implica:

- Alegrarles con tu conducta, con tus buenas notas, con tus detalles de cariño.
- Apreciarles siempre, felicitarles.
- Sentirte contento al poderles ayudar, cuando están enfermos.
- Enseñarles con bondad, cuando sean menos instruidos.
- Dedicarles tiempo cuando sean ancianos.
- Valorar las cualidades y callar sus defectos.
- Ayudarles económicamente.
- Proporcionarles los últimos sacramentos, buscando un sacerdote cuando están muy enfermos o son ancianos y así puedan recibir la santa unción, y la comunión como viático.
- Si han muerto, rezar por ellos, ofreciendo misas en sufragio de sus almas.

Si viviéramos a fondo este cuarto mandamiento:

- Veríamos a nuestros papás ancianos más alegres, felices.
- Habría más concordia y armonía en los hogares.
- Habría menos niños abandonados, delincuentes, drogadictos, encarcelados...
- Habría familias más unidas, felices, rebosantes de gozo y simpatía.

¡Gratitud para con nuestros papás! Sé agradecido con tus padres. Una buena manera de demostrar agradecimiento a tus padres es aprovechando verdaderamente los esfuerzos que ellos hacen por ti. Nada más frustrante para un padre de familia que ver que sus sacrificios por da a sus hijos una buena educación, una buena alimentación, el vestido necesario, unas vacaciones, un club deportivo... ¡de nada sirvieron! ¿Por qué? Porque su hijo no quiere estudiar, no le gusta la comida que hay en casa, se enfurece porque la camisa nueva no es de la marca de moda, se aburre y se queja en las vacaciones y no le gusta hacer deporte... ¡qué frustración!

Si quisiéramos agradecer a nuestros padres todos los días que pasan en el trabajo, todos los cuidados y solicitud que les hemos costado; si quisiéramos corresponder a nuestra madre por todas las congojas, afanes, noches de insomnio... necesitaríamos una eternidad para pagárselo.

Yo no puedo concebir cómo a un hijo que adquirió fortuna puede sentarle bien una comida opípara, si sabe que su madre, anciana y viuda, pasa sus días con una miserable pensión.

Yo no puedo imaginarme cómo puede una hija ponerse un rico abrigo de pieles y sus alhajas brillantes e irse tranquilamente de turismo, si en el quinto piso de una casa de alquiler, en la estrecha buhardilla que sólo tiene un cuarto y la cocina, van pasando los días sus ancianos padres. No, no puedo imaginarlo.

Tú, ten corazón con tus papás, ya ancianos y enfermos. Ayúdalos, por amor de Dios.

Te contaré una anécdota.

Una vez un joven muchacho, que estaba a punto de graduarse, contemplaba todos los días el hermoso auto deportivo en una tienda de autos. Sabiendo que su padre podía comprárselo, le dijo que ese auto era todo lo que quería. Como se acercaba el día de graduación, su padre lo llamó para que fuera a su despacho privado. Le dijo lo orgulloso que se sentía de tener un hijo tan bueno y lo mucho que lo amaba. El padre tenía en sus manos una hermosa caja de regalo.

Curioso y algo decepcionado, el joven abrió la caja y encontró una hermosa Biblia, con cubierta de piel y con su nombre finamente escrito en letras de oro. Enojado le gritó a su padre diciendo: "¿Con todo el dinero que tienes y lo que me das es esta Biblia?".

Salió de su casa y no regresó más. Pasaron muchos años y el joven se convirtió en un exitoso hombre de negocios. Tenía una gran casa y una bonita familia, pero cuando supo que su padre, que ya era anciano, estaba muy enfermo, pensó visitarlo. No lo había vuelto a ver desde el día de su graduación. Antes de que pudiera partir a verlo, recibió un telegrama donde decía que su padre había muerto y le había heredado todas sus posesiones.

Su corazón se llenó pronto de tristeza y arrepentimiento. Empezó a ver todos los documentos importantes que su padre tenía y encontró la Biblia que en aquella ocasión su padre le quiso obsequiar. Con lágrimas en los ojos, la abrió y empezó a hojear sus páginas. Su padre cuidadosamente había subrayado un verso en Mateo 7,11 que decía textualmente: "Y si vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más nuestro Padre Celestial dará a sus hijos aquello que le pidan".

Mientras leía esas palabras, unas llaves de auto cayeron de la Biblia. Tenía una tarjeta de la agencia de autos donde había visto ese auto deportivo que había deseado tanto. En la tarjeta estaba la fecha de su graduación y las palabras: "TOTALMENTE PAGADO".

Cuantas veces hemos rechazado o hemos sido ciegos ante las bendiciones que Dios o nuestros papás nos mandan, ya sea por engreimiento, nuestro apego a lo perecedero o a nuestros propios planes de vida. Sin embargo, Dios nos ofrece no sólo colmarnos de los bienes materiales, los cuales vendrán "por añadidura", sino también nos

ofrece colmarnos de los bienes espirituales que sólo Él nos puede dar para lograr nuestra verdadera felicidad.

Que no te suceda a ti algo parecido.

Déjame decirte una palabra sobre *tu madre*. Si a alguien no debemos nunca entristecer es a nuestra madre, a tu madre.

Monseñor Jara escribió: *«Hay una mujer que tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor y mucho de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados. Una mujer que, siendo joven, tiene la reflexión de una anciana y, en la vejez, trabaja con el vigor de la juventud. Una mujer que, si es ignorante, descubre los secretos de la vida con más acierto que un sabio y, si es instruida, se acomoda a la simplicidad de los niños. Una mujer que, mientras vive, no la sabemos estimar porque a su lado todos los dolores se olvidan, pero, después de muerta, daríamos todo lo que somos y todo lo que tenemos por recibir de ella un solo abrazo. De esa mujer no me exijáis el nombre. Es la madre».*

A una madre se la ama, se la aprecia, se la obedece, se la alegra siempre. ¡Cuánto debemos a nuestra madre!

Ya conoces tú lo que es el “instinto” materno. Ahí te van algunos ejemplos.

Cruzando la selva, un misionero y su catequista encontraron tres cachorros de leopardo. No resistieron la tentación: se los llevaron a la misión, con la esperanza de criarlos en su choza.

“Pero, -cuenta el misionero- guiada por su instinto materno, a los dos días llega a la misión la madre de los cachorros. Hecha una furia, se acerca sin titubear a la choza donde estamos nosotros con los cachorros. ¿Qué hacer para defendernos? Le arrojamos uno de los cachorros. La fiera se calma, acude a recogerlo, lo lame y lo acaricia. Lo deja seguro al otro lado de la cerca, y regresa furiosa por los otros dos. Le arrojamos el segundo cachorro. Lo recoge con cariño, y también lo lleva al lugar seguro, junto al primero. Por tercera vez la bestia vuelve hecha una furia. Le arrojamos el último cachorro. Solamente entonces la madre-leopardo regresa a la selva, vigilando la gloriosa retirada de sus tres crías.

Nos quedamos pensando: -¿Habría Dios hecho algo más poderoso y maravilloso que el instinto materno?”.

¡Valora a tu madre! No sacrifiques nada al amor por tu madre. Aunque alguna vez seas cruel con tu madre, ella te contestará con aquello que cuenta una antigua leyenda bretona.

Se dice que un joven se enamoró rápidamente de una mujer caprichosa despiadada, la cual exigió al amante, como prueba de un amor rendido, nada menos que el corazón de su propia madre.

El joven mató a la madre y le arrancó el corazón. Yendo de camino con el corazón de su madre en la mano tropezó con una piedra y cayó. El corazón rodó por el suelo. Al agacharse para cogerlo, el hijo oyó una pregunta solícita que provenía de aquel corazón chorreando sangre:

- Hijo, ¿te has hecho daño?

Así es el amor de tu madre. Ámala. Es capaz de todo por ti, incluso está dispuesta a morir, como hizo esa gallinita con sus polluelos, contado por la revista "National Geographic" después de un incendio en el Parque Nacional Yellowstone de los Estados Unidos.

Después de sofocado el fuego empezó la labor de evaluación de daños, y fue entonces que al ir caminando por el parque, un guardabosques encontró un ave calcinada junto al pie de un árbol, en una posición bastante extraña, pues no parecía que hubiese muerto escapando o atrapada, simplemente estaba con sus alas cerradas alrededor de su cuerpo.

Cuando el impactado guardabosques la golpeó suavemente con una vara, tres pequeños polluelos vivos emergieron de debajo de las alas de su madre, quien sabiendo que sus hijos no podrían escapar del fuego, no los abandonó.

Tampoco se quedó con ellos en el nido sobre el árbol, donde el humo sube y el calor se acumula, sino que los llevó, quizás uno a uno, a la base del árbol y ahí dio su vida por salvar la de ellos.

¿Pueden imaginar la escena? El fuego rodeándolos, los polluelos asustados y la madre muy decidida, infundiendo paz a sus hijos, como diciéndoles: "no teman, vengan bajo mis alas, nada les pasará".

Tan seguros estaban al estar ahí tocando sus plumas, aislados del fuego, que ni siquiera habían salido de ahí horas después de apagado el incendio. Estaban totalmente confiados en la protección de su madre, y sólo al sentir el golpeteo pensaron que debían de salir.

Así hace una madre. Por eso, ámala y respétala. Ámala y respétala como lo hizo Jesucristo en su vida oculta. Hay una frase en el evangelio de san Lucas que resume cómo era Cristo con sus padres terrenos: *"Jesús fue con ellos a Nazaret y les estaba sumiso"* (Lucas 2, 51).

Ahora me dirijo a vosotros, padres, pues el cuarto mandamiento también es para vosotros, como os he explicado anteriormente.

Estimad a vuestros hijos, facilitad a vuestros hijos el cumplimiento de este cuarto mandamiento de la Ley de Dios, como lo hizo María y José con su hijo Jesús.

Padres, Dios os pedirá cuenta de los hijos algún día: si los han amado, educado, formado, dado buen ejemplo... o les han dado todo, mimado demasiado...

¡Padres, vuestros hijos, además de cuerpo tienen alma! Y Dios os ha confiado también el alma de vuestros hijos. Y de vosotros depende de que esa alma de sus hijos llegue a Dios. ¡Qué responsabilidad tenéis!

Dad a vuestros hijos buenos consejos. Como hizo este padre de familia a su hijo. Así lo cuenta el propio hijo.

“Un día, acudí a mi padre con uno de mis muchos problemas de aquel entonces. Me contestó como Cristo a sus discípulos, con una parábola: "Hijo, ya no eres más una simple y endeble rama; has crecido y te has transformado, eres ahora un árbol en cuyo tronco un tierno follaje empieza a florecer. Tienes que darle vida a esas ramas. Tienes que ser fuerte, para que ni el agua, ni el día, ni los vientos te embatan. Debes crecer como los de tu especie, hacia arriba. Algún día, vendrá alguien a arrancar parte de ti, parte de tu follaje. Quizá sientes tu tronco desnudo, mas piensa que esas podas siempre serán benéficas, tal vez necesarias, para darte forma, para fortalecer tu tronco y afirmar sus raíces. Jamás lamente las adversidades, sigue creciendo, y cuando te sientas más indefenso, cuando sientas que el invierno ha sido crudo, recuerda que siempre llegará una primavera que te hará florecer... Trata de ser como el roble, no como un bonsai”.

Ahora quisiera tener a mi padre conmigo, y darle las gracias por haber nacido, por haber sido, por haber triunfado, y por haber fracasado. Si acaso tuviera a mi padre a mi lado, podría agradecerle su preocupación por mí, podría agradecerle sus tiernas caricias, que no por escasas, las sentí sinceras. Si acaso tuviera a mi padre conmigo, le daría las gracias por estar aquí, le agradecería mis grandes tristezas, sus sabios regañones, sus muchos consejos, y los grandes valores que sembró en mí. Si acaso mi padre estuviera conmigo, podríamos charlar como antaño, de cuando me hablaba de aquello del árbol, que debe ser fuerte y saber resistir, prodigar sus frutos, ofrecer su sombra, cubrir sus heridas, forjar sus firmezas ... y siempre seguir. Seguir luchando, seguir perdonando, seguir olvidando, y siempre... seguir. Si acaso tuviera a mi padre a mi lado, le daría las gracias... porque de él nací”.

¿Podrá decir tu hijo esto de ti, padre de familia?

Por eso, ¡qué gran falta la de esos padres cristianos que no llevan a bautizar a sus hijos, que les da igual que sus hijos tomen o no la comunión, reciban o no instrucción religiosa!

Ojalá, padres de familia, pudieran decir a sus hijos lo que dijo la madre de San Luis, rey de Francia, Blanca de Castilla: “Hijo mío, te amo con todo el alma, pero preferiría verte muerto a mis pies a saber que has cometido un pecado mortal”.

Estas palabras de la madre le salvaron muchas veces al rey Luis del pecado. Es más, le ayudaron a ser lo que ahora es: san Luis, rey de Francia.

Padres, deber del cuarto mandamiento es respetar el estado de vida que vuestros hijos elijan. No les impidáis elegir una carrera, la que ellos quieran, siempre y cuando sea digna: abogado, médico, electricista, ingeniero, sacerdote, misionero, consagrada a Dios. ¿Quién eres tú, padre o madre de familia, para impedir la vocación de tu hijo o de tu hija?

Padres, estimad el alma de vuestros hijos. Padres, cuidad de vuestros hijos. Padres, amad a vuestros hijos.

Preocupaos más por el alma, que por el cuerpo, como esa madre mexicana con su hijo de 18 años, cuando le estaban obligando a decir: “*¡Abajo Cristo, muera Cristo!*”. La madre se inclinó sobre su hijo, ya casi muerto por las palizas que le propinaron, y le dijo: “*¡Aunque te maten, no reniegues de tu fe! ¡La fe vale más que la vida, hijo mío! ¡Di: Viva Cristo Rey!*”.

El joven hijo recoge sus postreras fuerzas y repite con su madre: “*¡Viva Cristo Rey, Viva la Virgen de Guadalupe!*”. Y muere... allí en la calle, a la vista de su madre. Era el año 1927, durante la famosa guerra cristera en México.